

XXIV CERTAMEN

Mujer y Literatura

2020/21



Ayuntamiento de Vúcar

Concejalía de Mujer

Corazón del Poniente

2º PREMIO

RELATO CORTO

El amor

Lema: Mujer en tiempos de pandemia

**Fernando Martínez
López**

El amor

Roberto Carlos

AYTO. DE VÍCAR (Almería) Centro Municipal de Información a la Mujer REGISTRO DE ENTRADA Núm.:1..... Fecha: 21/01/21 RC.....

Mi madre me dijo en una ocasión que lo más importante en la vida, lo que le da sentido, es el amor. Yo, a mis quince años, no pude estar más de acuerdo, enamorada hasta la médula de los huesos de un compañero de clase que por lo demás no me prestaba atención ninguna, claro que sí, mamá, el amor, el amor, sintiendo cómo el corazón se me desinflaba en suspiros cada vez que miraba de soslayo a aquel chico.

No entendí el verdadero alcance de las palabras de mi madre.

Necesité para ello la experiencia de los años y esa perspectiva de la vida que proporciona la edad madura, cuando te preguntas qué demonios pintamos en el universo subidos, durante un tiempo efímero, en un minúsculo planeta convertido en autobús cósmico, acechados por enfermedades, guerras, catástrofes naturales y todo tipo de desdichas. Es entonces, después de realizarte la pregunta esencial y no hallar respuesta, cuando te agarras al amor para no despeñarte por el abismo de la depresión.

Yo ya lo había probado en carne propia después de un divorcio traumático del que sobreviví aferrándome al amor por mis hijos que, por lo demás, ya habían volado del amparo de mis alas. Pero cuando comprobé con perversa crueldad la certeza de lo que afirmo fue hace unos meses, durante el confinamiento estricto debido a una de esas plagas que, esporádicamente, se dedica a asolar el mundo como un jinete apocalíptico, el maldito virus que surgió furtivamente a nuestro lado en un siniestro truco de invisibilidad.

Después de separarme de mi marido y de la venta de la casa en común, me mudé a un sencillo adosado que formaba parte de una comunidad de

vecinos. El conjunto de viviendas describía un perímetro rectangular en cuyo regazo se encontraban una piscina y zonas ajardinadas, desiertas por completo durante las semanas de confinamiento domiciliario. A mí eso me daba igual. Llegaba a casa tan agotada del hospital, después de haber doblado turno con pinzas en los párpados, que lo único que me apetecía era derrumbarme en el sofá y evadirme de la angustia acompañada de música relajante. Sin embargo, ni siquiera la música conseguía desdibujar las imágenes, como si se hubieran tatuado en las retinas o en el cerebro: la escasez de medios, la tensión, Urgencias saturada, las habitaciones saturadas, la UCI transformada en una especie de cámara de los horrores donde los pacientes perdían sus atributos humanos convertidos en bultos intubados. Y luego las pérdidas irreparables, la impotencia de la derrota ante la muerte que se cebaba sobre todo con los ancianos, aunque no solo con ellos; pero también la satisfacción, como médico, de ganar muchas partidas a la de la guadaña aunque para ello hubiera que usar cartas de tahúr. Sí, cuando regresaba a casa no me quedaban fuerzas para otra cosa que no fuese descansar, la longitud exacta de mi cuerpo extendida en el sofá, la música, la mirada ausente, desenfocada más allá de la amplia cristalera de la habitación.

En esa postura fue cuando los vi por primera vez. Eran dos de mis vecinos en esa inconfundible edad de la jubilación, cada uno en su respectiva terraza, lo suficientemente alejada la una de la otra como para impedir una conversación que no fuera a gritos. Pero ellos no hablaban, se limitaban a saludarse con la mano y a sonreír, un brillo cálido en los ojos, como de sol naciente. Ella tenía la espalda algo encorvada y el cabello de plata; él estaba completamente calvo y lucía un anacrónico bigote. Me dije que, en esa situación de aislamiento forzoso,

un saludo, un simple vistazo, era como un trago de agua en el desierto, pero lo extraño fue que no se limitaron a eso, sino que demoraron la mutua contemplación más allá de lo que sería razonable entre dos vecinos, aureolados por una especie de dichosa complicidad. Me di cuenta entonces de que se tenían algún tipo de juego entre manos. Junto a ella, sobre el pretil de su terraza, había un gato de un negro luminoso que miraba fijamente hacia el hombre. En un momento dado, este cogió y mostró una bolsa de comida para gatos que produjo una reacción instantánea en el animal, impulsándolo con agilidad por la arquitectura de terrazas y tejados hasta alcanzar su objetivo. La mujer sonreía con una dulzura algodonosa, de inocencia infantil, y yo, contemplando el espectáculo, agradecí que al menos por unos instantes se me borrara la dureza de las horas transcurridas en el hospital. No quedó ahí el juego, sino que poco después se repitió la secuencia en sentido contrario: la mujer exhibió otra bolsa de comida y el gato regresó a su terraza con la misma presteza que a la ida. En esa primera ocasión no me percaté, pero cuando fui testigo de la misma escena algún que otro día comprendí que el gato actuaba como una especie de paloma mensajera, que lo utilizaban para intercambiarse notas de papel que adjuntaban al collar del felino.

Mientras tanto, la situación en el hospital me dejaba exhausta, como un vampiro que succionara mi energía hasta secarme. Nunca había vivido como médico semejante ambiente de estrés, la tensión de enfrentarnos a un enemigo invisible y traicionero pertrechados con una indumentaria de película distópica, una carga brutal de trabajo que como única ventaja impedía que pensara más de la cuenta, porque de haberlo hecho quién sabe si no me habría venido abajo desbordada por los estragos de una enfermedad que iba sembrando de muertos

no solo mi UCI, sino las del país y el mundo entero, la desolación de asistir al colapso de la vida sin que, para colmo, se permitiera el necesario proceso de duelo, el acto con que familiares y amigos despiden a los fallecidos ante la barca de Caronte. Se me hacía imprescindible anestesiar la mente, actuar como una máquina programada que hace todo lo posible por salvar vidas y repartir consuelo pero sin analizar mucho las causas. Aun así, a veces, en el reposo de mi hogar me asaltaba la pregunta fundamental, la esencia de la filosofía: ¿qué sentido tiene nuestro paso por un mundo que se torna con frecuencia hostil?, y ante la falta como siempre de respuesta, volvía a pensar en mis hijos y en el amor que les profesaba como imprescindible tabla de salvación.

A mis vecinos los seguí viendo esporádicamente, convertida en espía involuntaria de sus evoluciones, hasta que un día el juego cesó. No tardé en averiguar la razón, porque en una de mis rondas por las habitaciones de los infectados, reconocí a la mujer. A pesar de su confinamiento, el virus se las había ingeniado para sortear los obstáculos e invadir su cuerpo, tal vez una bolsa del supermercado, tal vez la visita de algún familiar, quién sabe. La fiebre y la tos habían borrado la pátina de felicidad que la recubría en su terraza. Se encontraba débil, tremendamente desvalida, un pajarillo asustado que ha caído del nido. Me acerqué hasta ella. No me conocía, claro, tan escaso el tiempo que llevaba en mi nueva vivienda, pero de haberlo hecho le habría costado identificarme con el traje de aislamiento y mi apariencia de extraterrestre. Y entonces me presenté, le comenté que era una reciente vecina y que la había visto saludando al anciano con quien intercambiaba mensajes con la ayuda del gato. Aquella mención, esa reminiscencia, fue más eficaz que los medicamentos que le suministrábamos, porque entonces, como si se hubiera enchufado a la corriente eléctrica, los ojos

se le encendieron. “Gracias, muchas gracias”, me dijo. “¿Por qué?”, le pregunté. “Por haberme recordado cosas tan bonitas”, contestó. Luego, con voz apenas audible, me contó un poco de sus vidas, que ambos eran viudos y que apenas habían hablado previamente al confinamiento, pero que gracias al gato y su desvergüenza, habían iniciado esa especie de telegrafía animal tan entrañable. Asaltada por la intriga e intentando animarla, le pregunté qué tenían que decirse por medio de esos mensajes. Ella entrecerró los ojos mientras le afloraba una débil sonrisa. “No puedo decírselo”, respondió.

Josefa se llamaba. La siguiente vez que la vi fue en la UCI, con respiración asistida y sedada. Pocos días después, su cuerpo consumido dejó de luchar y el virus enarboló la fatídica bandera de la victoria.

Aquella muerte me disolvió el corazón con la corrosividad de un ácido. Había asistido a unas cuantas ya, pero nunca te acostumbras al suspiro final. Resulta tan doloroso asistir al deterioro paulatino del cuerpo, a la última chispa de vida que se escapa... Pero con Josefa el efecto se multiplicó incluso sin apenas conocerla porque me había parecido tan tierna, tan adorable desde la primera vez que la vi en su terraza..., el hombre alegre, el gato mensajero, un remolino de júbilo barriendo los tejados, ondulando el aire sin que la edad importara lo más mínimo. Y también me afectó con redoblada inquina porque era consciente de que el dolor no finalizaba en aquella desabrida sala de cuidados intensivos, sino que había alguien al otro lado de la ciudad que sufriría igualmente los devastadores efectos.

Yo misma me dirigí a su casa cuando finalicé mi maratoniano turno. Pulsé el timbre y comprobé que tras los visillos el anciano inspeccionaba la intromisión. Tardó en entreabrir la ventana. “Soy su nueva vecina”, le dije, “soy médico en el

hospital", y ya no tuve que decir nada más, lo llevaba escrito en mis gestos, en mis hombros derrotados, en la pulsión temblorosa de cada una de las palabras que salían de mis labios. El hombre asintió con los ojos empantanados y volvió a introducirse en su cubil. Tuve la impresión de que lo había hecho en un panteón en el que pronto se inscribiría su nombre en una lápida. No me equivoqué. Un par de semanas después, antes de partir al trabajo, me topé con un coche funerario que abandonaba su casa.

Ahora tengo un gato negro. Decidí adoptarlo cuando se plantó delante de mi cristalera con un maullido lastimero de hambre. Bastó una lata de atún para sellar un pacto indisoluble entre nosotros. Lo que me sorprendió fue comprobar que, adherido a su collar, conservaba un papel doblado. Me pudo la curiosidad, así que lo tomé y comencé a leer. Se trataba de un poema escrito con inconfundible letra masculina, el que se quedó vagando sin que nunca llegara a su destinataria. Era de Benedetti según figuraba al pie. Decía:

*Más que besarla,
más que acostarnos juntos,
más que ninguna otra cosa,
ella me daba la mano
y eso era amor.*

Poemas, poemas amorosos era lo que se intercambiaban. Comprendí también que el amor debía de ser lo que mantenía la sonrisa y la mirada feliz en mis ancianos vecinos en medio de una aterradora pandemia, no podía ser de otra manera, quizá no del tipo impetuoso y a veces inconsciente de la adolescencia, sino otro más esencial, sin apenas carnalidad, que les inducía a

jugar a los mensajes secretos con la colaboración del gato negro. Una vez que ella se fue, desapareció el motivo que insuflaba vida a la vida del hombre.

No, el último poema nunca llegó a su destinataria, pero quizá ahora él pueda estar susurrándoselo al oído en algún lugar por encima de las nubes, tomándole la mano, o quién sabe, tal vez allá arriba también residan las almas de algunos gatos que, dando saltos de lucero en lucero, se dediquen a repartir mensajes entre los enamorados que ya abandonaron nuestro autobús cósmico.